

Los sueños de Mauricio

Maikel Iriarte

LOS SUEÑOS DE MAURICIO

MAIKEL IRIARTE



Capítulo 1

Los sueños de Mauricio.

I

Habían tomado la avenida Juan Sangurima, pensó ese sería el camino más corto para llegar a casa. Sus hijos conversaban en la parte trasera del auto y Mauricio los miraba de vez en cuando por el retrovisor. Por la oreja sentía la mano húmeda de su mujer que de a poco subía para masajearle el cabello y dejarlo en un estado de éxtasis que poco lo prevenía de lo que podía venir.

Necesitamos hacerle unos cambios a la casa – Dijo su esposa - Cambiar la alfombra, pintar la sala, cambiar la vajilla...

Mauricio asentía mientras intercambia la mirada entre el camino y Natalia. Se sentía cansado y en los ojos se le notaba una figura de media luna oscura, que luchaban para sostenerle el rostro. Pestañaba tan continuamente, que lo único que lo mantenía despierto, era la voz enojada de su esposa reclamándole que no le prestaba atención. Muy temprano ese día se había levantado porque una extraña sensación en la boca no lo dejaba dormir, esta lo hizo despertarse varias veces en la madrugada hasta que decidió levantarse e ir a la cocina por un vaso de agua. Mientras lo sostenía se quedó suspendido y parado en medio de la cocina con nada en el pensamiento, y con la mirada perdida en dirección al árbol que podía ver a través de la ventana. Sin querer meditaba en el árbol y un sonido de búho lo sorprendió. Se acercó más a la ventana para verlo, pero se encontró con unas tinieblas que de a poco el sol poniente iba desvaneciendo. No lo vio, realmente no se esforzó en buscarlo y volvió para pasar donde anteriormente estaba, y luego para sentarse en la mesa. Pensó en algo, era fugaz e inconsistente pero lo mantuvo entretenido por un rato, no era de los hombres que se ponían a pensar en cosas profundas y el sentido de la vida y el por qué no eran preguntas que lo atormentaban. Era sencillo e ingenuo en algunas cosas, y de manera inconsciente había aceptado la vida con sus dádivas buenas y malas. Más tarde ese día debía llevar a sus hijos al parque de diversiones y mientras lo pensaba suspiraba de desánimo porque no era de los que sabían cómo lidiar con la paternidad, aunque esta no lo sorprendió en la inmadurez y a pesar de haber tenido ya varios años de estar lidiando con ella, cada mañana se levantaba con la duda y el miedo de afrontarla, era (y lo sentía

así) como vivir con la amenaza constante del fracaso.

Volviendo a la carretera, esta se encontraba solitaria, y las luces que de vez en cuando solían pasar alumbraban los cuerpos dormidos de su esposa y los niños. Con las dos manos juntas sobre el volante creía encontrar la firmeza que el sueño le estaba arrebatando, y mientras se quedaba mirando el vacío de una carretera poco alumbrada empezó a imaginar las cosas comunes que un hombre común imagina, para luego encontrarse de frente pensando en el Búho que escuchó pero no logró reconocer. Terminó recapitulando esa mañana con sus sensaciones y sonidos, y pensó en lo extraño e inusual de todo aquello, lo hacía mientras sus ojos quedaban inertes en una carretera que parecía no tener fin, o que por lo menos no se le lograba ver. Y de pensamiento en pensamiento la cabeza se le fue haciendo pesada y la carretera se empezaba a desvanecer. Se le cerraron los ojos por un momento que bien podría haber sido un segundo o un minuto, y cuando se encontraba en un estado de oscuridad, solo una voz desesperada de mujer lo llevó a la luz de golpe, y con la luz también vino un sonido de muerte, no había abierto los ojos aún cuando ya sabía con lo que se encontraría, la sensaciones no engañan, se pasó la mano ensangrentada por la cara para tratar de despertar de la pesadilla que lo agobiaba en el momento, y al mover la cabeza para la derecha vio el cuerpo sin vida de Natalia en el asiento del copiloto, y al girarse hacia la izquierda vio la forma negra y desfigurada de un hombre que venía para atormentarlo, mientras se acercaba intentaba reconocerlo y con un ojo cerrado por el golpe y el otro que chorreaba sangre, logró ver en la figura su rostro, apacible y tranquilo antes de una risa que finalmente lo despertaría. Salió del sueño perturbado y con dolor de cabeza, por unos segundos había perdido la conciencia pero todo estaba bien, aunque las imágenes seguían aún frescas.

Su esposa a su lado parecía estar en un profundo sueño al igual que los niños en la parte de atrás. A eso de las una de la mañana llegaron a casa y todo parecía estar normal, con un pequeño empujón en el hombro izquierdo de su mujer logró despertarla. Sin preocuparse por hacer mucho ruido levantó a los dormidos niños con los brazos, uno cada uno y los llevaron a dentro.

II

En la mañana al despertar, y sin aún aparecer el sol completamente, pensaba que hacía mucho que no dormía como la noche anterior. El café le supo espectacular, y fue a su parecer la combinación perfecta para el pan dulce. Se quedó parado cerca de la ventana mientras el sol terminaba de ponerse, y mientras lo observaba, reflexiono plenamente en el sueño de la noche donde por un momento había perdido la conciencia y su realidad se convirtió en otra, donde pensó que por ese instante no se encontró en el mundo exterior, sino en otra clase de mundo, donde él no era el sino parte de los observadores. Porque en los sueños siempre

vemos todo sobrepuestos y somos los que juzgamos, pero no los que guiamos porque nunca nadie ha sido capaz de conducir un sueño de forma eficiente. Los pasos que escuchó desde las escaleras lograron sacarlo del trance en el que se encontraba, buscaba pues respuestas a preguntas no aún formuladas, y las voces de sus hijos alegraron su mañana por vez primera.

Bendición, pa – Se escuchó decir.

Dios los bendiga mis pequeños –

Si, lo era, era un día común, como todos los días, rutinario, levantarse, el café, el sol, los niños, su esposa. No era momento de pensar en sueños sino de afrontarse a la realidad, Pensó que todo estaba bien.

Al llegar al trabajo ese día se sentó en su pequeño y desordenado escritorio, sobre él había dos o tres libros que se mantenían entreabiertos por unas hojas con notas. A su derecha había también un bonche de documentos que no se acordaba ni para que ni para quien eran. Intentó poner en orden uno o dos de ellos, abrió uno de los libros y saco tres notas, y las puse en frente de él una tras otra y de izquierda a derecha, y entonces comenzó lo que todo el mundo hace, su trabajo. Al terminar se levantó y se fue sin ser notado como usualmente pasa, todo fue como si en efecto no hubiese estado allí. Nunca le había importado esa sensación de soledad.

Mejor, más tranquilo – Solía decir.

Al llegar a casa notó ligeros cambios que si bien eran insignificantes le habían llamado la atención. Un par de cortinas nuevas se dejaban ver en la sala, y estas combinaban de mejor manera que las anteriores. Camino tranquilo atravesando la casa y lo ignora todo hasta que llega a la cocina. Se sirvió un vaso de agua y un chorro se le derramo impactando uno de sus zapatos. Sus hombros estaban pesados y tenía dolor de cabeza por el sueño. Entonces se terminó por recostar sobre el sofá. Ordenadamente primero se fue quitando, la camisa, segundo, los zapatos, y por último el reloj, no soportaba dormir con el reloj puesto, siempre terminaba por marcarle y dañarle un poco en la muñeca cuando erróneamente se quedaba con él. Quedo profundamente sumergido en el sofá, no sin que antes le llegaran los pensamientos que el alma manda para atormentante y no dejarte ir a navegar en el plano de la inconsciencia.

Sin saber cuánto había pasado “Amor, amor...” escuchó y luego un pequeño jaloteo en el hombro.

¿Qué hora es? – pregunto.

Ya llegamos, son la 8 – respondió su esposa.

Con un ojo abierto y el otro cerrado se levantó y aunque no veía muy bien, la casa se la conocía de memoria. Camino desconcertado a la habitación y reposo su cuerpo y alma sobre el colchón hasta el siguiente día.

III

Los Gonzales eran una pequeña familia que venían del sur del país y constituían una parte de la masiva migración que se estaba experimentando esos años. Los pueblerinos llegaban a la ciudad con la búsqueda de una mejor oportunidad. Los campos habían sido tomados por las grandes compañías manufactureras, y la migración era la consecuencia de la gran depresión que se veía en el sur. Estas familias llegaban con sus rubios cabellos, sus vestiduras, sus formas, las cuales todas eran raras para los locales. Si bien no eran en absoluto personas educadas, eran trabajadoras y eran impresionantes los conocimientos prácticos que tenían en la construcción, carpintería, electricidad y mecánica.

Abrahán Gonzales, el padre, termino pues llegando a la ciudad no por las razones que acabo de describir, sino por problemas de apuestas. Si bien no se sabe cuándo dejó debiendo, tuvo que haber sido suficiente para recibir una paliza y luego una amenaza de muerte que lo llevara a dejar el sur que tanto amo desde el inicio hasta el final de sus días. Había logrado pagar una pequeña casa escondida en los bosques, la cual no era la definición ni de cómoda ni bonita pero suplía la mayor necesidad del momento, era lejana, oculta y pocos sabían de ella.

De este lado del mundo – dijo – hasta la mierda huele diferente –

Detestaba la ciudad y poco iba hacia ella. Aunque había trabajado toda su vida, siempre persiguió las formas de hacerse rico. En su juventud probó con emprendimientos poco prácticos y no confiables. Llegó al borde cuando creía haber descubierto una bebida mejor que la coca – cola la cual lo llevaría a la riqueza. Pues la bebida termino dándole diarrea a todo aquel que la probó, y como consecuencia terminó tras las rejas por un par de días. A pesar de odiar el ambiente de la ciudadela ya había ido dos o tres veces. Como hasta el momento no había necesitado dinero, no se había preocupado por trabajar, hasta que un sábado en la mañana después de haber desayunado subió para buscar dinero para cigarrillos, y se dio cuenta que ya no quedaba tanto. Había malgastado el dinero de forma descomunal y sin precaución. Compro muebles para la casa, alfombras de todo tipo de colores y ocasiones y una televisión de color. Compro lo que necesitaba y se sentía aliviado, tranquilo y seguro en sí mismo. Quizás este relajamiento no le dejo prevenir la trágica noche del 2

de noviembre de 1987.

IV

Sentado en el escritorio, el Dr. Maron Jara saboreaba el café con leche que su secretaria recién le había traído. "Se olvidó las galletas", pensó. Pero no tuvo las ganas ni la intención suficiente de llamarle nuevamente, sino que decidió en el estado de reposo mental en el que se encontraba seguir disfrutando de la tranquilidad. Mientras sostenía la tasa con ambas manos y soplabla de forma delicada por sobre el borde de ella, se dejaba entrever una pila de documentos bien acomodados sobre el escritorio, y la foto familiar que todo doctor suele tener sobre él. Esta imagen comúnmente era pensada para traer a la mente de los doctores felicidad y para traer asimismo responsabilidad en sus acciones. Pero para el Dr. Jara la imagen no hacía más que atormentarlo, sentía que las miradas podían ver a través de él y conocer su pensamiento, y eso le perturbaba. Sin embargo no tenía la fuerza suficiente para quitarla de allí, no porque se sintiese incapaz sino más bien por las muchas explicaciones que tendría que dar después al respecto. Siguió sosteniendo la tasa ahora con una mano, la derecha, mientras se quedaba pensativo, y aunque realmente no pensaba en nada, pensar en nada es pues pensar en algo. Vagaba entonces en los recónditos lugares de su mente buscando algo que ni él sabía hasta que la realidad de su entorno, es decir, su trabajo lo trajo de vuelta. Amaba su trabajo, era uno de esos pocos y exóticos afortunados que hacían lo que amaban para vivir. Ya pues ese año cumpliría 26 años de hacerlo y había ganado fama en la ciudad como uno de los mejores en su terreno. Fue entonces la tarde del 13 de noviembre la que se convertiría en el punto central en su carrera y en su vida, esta no lograría salir de su mente incluso en la vejez y la llevaría hasta sus últimos días.

Durante la mañana había estado ocupado en lo usual, una evaluación, documentos, pacientes, etc. hasta que una llamada lo interrumpió de todas estas cosas.

¿Dr. Jara? - se escuchó del otro lado del teléfono.

Efectivamente – Respondió.

Le llamamos del departamento de policía de la ciudad – Nos gustaría por favor hablar con usted acerca de algo... pero debe ser en persona.

¿En qué manera podría ayudar? – Respondió Maron con una curiosidad que siempre lo caracterizo.

Anote por favor la siguiente dirección –

Ok... – Dijo.

Durante llamada y después, tuvo una sensación de intranquilidad, comenzó a pensar en todas las cosas que había hecho y empezó a repasar como una película en retroceso. Nunca había tenido problemas con la policía y el mero pensamiento de ello lo hacía sudar como un cerdo en verano. Paso lo que quedo del día desconcertado confundiendo todo lo que hacía.

No me diga que se está poniendo viejo, Doc. – Dijo su secretaria.

En otro momento el comentario hubiese tenido una reprimenda por parte del doctor, pero en un momento como ese donde sus sentimientos se encontraban reunidos con la angustia, ni siquiera había notado que se mencionó. Se sentó pues un momento, y con el pañuelo se quitó el sudor de la frente, por puro instinto se tocó el pecho para ver si todo estaba bien. Pidió otro café y esta vez dijo con voz fuerte “y galletas por favor” y se dirigió a su escritorio anhelando un poco de alivio y sobriedad en lo que sentía. Pues esta no la encontraría hasta muchos después, ya habían empezado la serie de acontecimientos que lo mantendría involucrado y de frente a la oscuridad por algún tiempo. Cuando no tenía ni un minuto de haberse sentado en su escritorio, se abrió la puerta bruscamente y una angustiada voz de mujer la cual reconoció como la de una de las enfermeras del lugar, le gritó diciendo:

Esta convulsionando –

Se levantó inmediatamente y tiro la silla hacia atrás con ambas manos. Corrió y la enfermera fue tras de él. Mientras pasaban el pasillo la enfermera desde atrás le iba gritando los detalles del incidente. Se trataba de Luciano Arias, joven de 28 años con esquizofrenia. Hacía dos años que estaba bajo los cuidados del doctor y que había sido abandonado a su suerte en el hospital. Cuando llegó a la habitación vio un cuerpo boca abajo tirado sobre el suelo, pidió que se le diera la vuelta y fue entonces cuando noto la espuma en la boca y los ojos abiertos, yacía muerto pero la muerte no le impresionaba al doctor.

¿Hace cuánto estuvo convulsionando? – Pregunto.

Solo unos minutos – respondió la enfermera – fue de repente.

Por favor, consígame el número de su padre – pidió el doctor –

Pasados unos minutos y luego de que el muerto había sido recogido, llamó a los involucrados del incidente. Aparecieron 2 enfermeros que se encontraban en la escena y la enfermera que bruscamente lo había venido a buscar. El doctor llevó la entrevista fríamente y preguntó sobre lo acontecido anterior a su llegada a la habitación. Los enfermeros fueron los

primeros en hablar y no dijeron mucho porque no sabían nada. Sin embargo, cuando plantó sus ojos sobre la enfermera, esta se encontraba muy nerviosa por lo acontecido y no encontraba alivio en los mares marrones que ahora le miraban fijamente. Titubeó en todo lo que dijo y esto para el doctor fue una mala señal, ya que el doctor siempre había sido un admirador de libros de oratoria y lenguaje corporal podía intuir ciertas cosas basados en el idioma que no se da con palabras. Comenzaba a sentir un nudo en la boca del estómago cuando una urgente llamada los interrumpió a todos en la oficina del doctor.

El doctor contesto:

Buenas tardes, Dr. Marón Jara –

Queremos a nuestro hijo – dijeron al otro lado del teléfono – Ya sabemos lo que paso, ahora mismo vamos por él.

Muy bien señor, primero debemos hacer algunas revisiones para saber que paso – Respondió.

No... no queremos eso – exclamó la voz - solo queremos a nuestro hijo devuelta con nosotros.

Está bien Señor, Lo siento por su hijo – dijo, mientras la voz colgó sin mencionar respuesta.

V

Estaba oscureciendo y ya era tarde para jugar, pensó Abrahán sentado en el sillón desde donde miraba como el sol se iba desvaneciendo. La televisión en términos técnicos funcionaba bien, pero no llegaba a tener ninguna señal concreta.

Que perdida – dijo.

Se levantó para llamar a los niños que jugaban alrededor de la casa. Todo era verde alrededor, sin vecinos y con el imponente sonido de la naturaleza. Se mantuvo de pie por un momento mirando entre los grandes árboles al frente de él pensando que era un buen lugar para estar.

Habían ya pasado dos meses desde su llegada y empezaría a buscar trabajo. Se dirigió a la ciudad con esa intención y a pesar que era inculto y sin profesión, era un hombre de muchos oficios, además de portador de una inteligencia practica en muchas áreas. Sabia de carpintería, electricidad, herrería, todo lo que puede aprender un hombre de una juventud trabajando en la construcción. No le fue pues muy difícil conseguir trabajo. Había encontrado en el periódico un taller que buscaba

un carpintero y se dirigió al día siguiente al lugar.

Se le hizo difícil conseguir la dirección ya que no conocía de la ciudad nada más que el supermercado y el camino hacia él. Tuvo suerte al encontrar en la parada de autobús a una persona que iba al mismo lugar con el mismo propósito. Conoció entonces espontáneamente a quien sería su competencia para el trabajo. Más allá de causarle un disgusto, ambos se agradaron y estuvieron charlando todo el camino. Cuando llegaron al sitio fueron separados y entrevistados aparte. Nunca más Abrahán lo volvió a ver, y cada vez que pasaba por aquella parada de autobús lo recordaba.

Todo transcurría con normalidad, pasaban los días como usualmente suelen pasar, iba al trabajo y venía. De vez en cuando tomo algunas tardes libres para pasear a los niños y empezó a ir con más frecuencia a la ciudad.

Un día se había levantado a la hora de siempre, hacia más calor que en los otros días y por eso lo recibió como un día especial. Era la primera y última vez que sentiría el sudor en esta ciudad. Se percató al bajar de las habitaciones de arriba que el desayuno estaba sobre la mesa y al lado, una notita:

"Amor, voy con unas amigas a la plaza central, me llevo a los niños. PD: calienta la comida"

La calentó como quien hace algo obligado cuando no quiere. En unos minutos ya estaba listo para ir al trabajo y dejó parte del desayuno porque no tenía mucho apetito.

Más tarde ese día, mientras trabajaba le cayó una tabla de unos 20kg aproximadamente sobre uno de sus pies y por su cojera parecía ser el izquierdo. Esto lo estaba inhabilitando para hacer bien las cosas, y fue por eso que los dueños del taller, quienes también trabajaban allí, le aconsejaron dejar el trabajo por el resto del día. Pero Abrahán intentó persuadirlos diciendo que era solo un pequeño golpe.

Estoy bien – Dijo.

Para mañana estará mejor – respondieron.

Esta última respuesta pues lo sentenció, y tomó el consejo. Nunca nadie lo supo pero este momento de racionalidad fue el primero de muchas circunstancias que lo llevaron a un fatídico final.

Todos los días tomaba la avenida Juan Sangurima para ir a casa. Era una carretera tranquila que comúnmente estaba sin tráfico, excepto al principio del verano cuando las vacaciones solían llevar a los citadinos por diferentes lugares. Era también muy solitaria, y le pareció más aún ese

día. Manejaba su Pickup roja, 1982. Estaba un poco maltratada y cada cuanto pedazos de pintura solían desprendérseles para adornas las calles que iba dejando en su camino. La había comprado en un estacionamiento de autos usados en el centro de la ciudad. Sin embargo, funcionaba muy bien y cumplía el propósito principal para la cual fue hecha.

Ocurrió entonces que faltándole menos de medio trayecto para llegar a casa, que vio a lo lejos una figura que la noche sin estrellas y sin luna visible dejaba reconocer. Empezó a frenar de a poco y al irse acercando se dio cuenta que se trataba de la forma de un hombre. Al pasarle por un lado notó que estaba golpeado y manchado de sangre y tierra. Quiso seguir su camino y hacer como que no había visto nada, pero un cargo de conciencia más oscuro que la noche y más grande del que podía soportar lo hizo girar de vuelta hacia el hombre. Sin salirse de la camioneta, abrió la puerta del copiloto, miró el auto machacado en los árboles y le pregunto lo que había pasado y si estaba bien.

Un accidente, solo eso – Respondió.

¿Puedo ayudarle, señor? – Pregunto Abrahán.

Por favor, estoy muy golpeado –

Al montarse notó que los golpes, a pesar de ser fuertes, no eran profundos y no tendría por ahora necesidad de llevarlo al hospital. Lo atendería mejor en casa, pensó. También se dio cuenta de la tranquilidad de este. Le pregunto un par de cosas de las cuales solo ellos supieron. Y al final se logró escuchar que el hombre desconocido decía que había sido un duro accidente.

¿Iba solo? – Pregunto Abrahán.

Si.

Disculpe, pero ¿Cómo puedo llamarle, Señor? -

Me llamo Mauricio – Respondió.

VI

Una brisa tibia entraba por la ventana mientras el automóvil iba dejando atrás el verde paisaje de los árboles y montes que eran combinados con amarillos letreros de desvío, y el color gris opaco de una carretera desgastada.

Mauricio se vio con los ojos abiertos, se vio en un sueño que confundió con un pensamiento o un recuerdo, se vio la noche del accidente, ensangrentado con un duro golpe en la cabeza. Se sorprendió que su

mujer y sus hijos ya no estaban, y dio gracias porque fuese así. Había sido un sueño, pensó. Desde la carretera vio el automóvil hecho pedazos y desde allí emprendió una caminata sin sentido ni orientación hacia cualquier lugar. No podía ver ni pensar bien, estaba muy golpeando y un corte sobre la ceja le hacía ver entreabierto en el ojo derecho. A lo lejos dejó ver un pequeño destello de luz, quiso gritar para pedir ayuda pero no tuvo fuerzas para hacerlo. Vio la luz pasarle por al lado y luego devolverse y escuchó una voz que le brindaba ayuda. Sin saber cómo lo hizo, logró montarse en lo que parecía una camioneta de color roja, no muy antigua pero si muy maltratada.

Hablaba con una voz que salía de una figura sin rostro, y no lograba controlar un desmayo que de a poco lo iba sumiendo en la oscuridad. Se sintió como viajando sobre la nada en nada, y antes de despertar tuvo la sensación de estarse cayendo.

Despertó pues, en un lugar húmedo donde las sensaciones eran nuevas para él. Al levantarse del sofá que no tenía más de 3 meses de comprado, se fue en dirección a una de las ventanas para ver que la casa estaba rodeada de árboles y tinieblas. En el reloj que cubría su muñeca vio que eran seis para las tres. Se percató que el reloj estaba intacto, las consecuencias del accidente no llegaron a él. Por la ventana vio también la camioneta roja que fue manejando por aquella voz que nunca reconoció. No recordaba mucho, solo tenía la certeza de lo que podía ver y de lo que podía sentir. Le dolía el codo izquierdo y la cabeza, y cojeaba cuando caminaba. Como pudo fue hasta la cocina, tomó un vaso con agua. A pesar de ser una cabaña pequeña, tenía un piso superior donde estaban las habitaciones y una pequeña escalera llevaba a ellas.

Mauricio con la pena de un invitado, subió las escaleras intentando no ser notado y aunque la coja se lo complicó mucho, logró de igual forma plantarse en frente de las dos puertas una seguida de la otra que enviaban a diferentes destinos. Sintió un viento que le recorrió el cuerpo, como si estar allí no era lo correcto, sin entenderlo, este pensamiento le llevó a girar su cabeza en busca de algo que le detuviera, pero solo encontró que no había ventanas cercas. Pensó en irse, pero algo más fuerte que sus miedos, su curiosidad lo poseyó y puso la mano sobre la perilla plateada que se sentía fría y ligera, y que al girarla hizo un inocente chillido, como de un niño chasqueando sus dedos. Mauricio nunca adivinaría lo que vería, y para entender pestañó varias veces, y cuando lo entendió se sintió abatido como si todo el peso de los golpes y toda la sangre perdida pasaran factura de repente. No había aún puesto un pie en la oscura habitación ni había abierto más de la mitad del recorrido de la puerta cuando Mauricio vio lo que llevaría a sucesos que el doctor Marón Jara buscaría dar línea y orden menos de 2 semanas después.

VII

Le costaba respirar, no sabía si estaba vivo o muerto, pero si, lo sabía, estaba muerto. El olor a muerte era insoportable, y antes de que la muerte le durmiera eternamente, Abraham, recostado sobre su cama que goteaba sangre y gritos a chorro, recordó su niñez. Vio pues a su madre y la vio como nunca antes la había recordado. Estaba de pie y debe haber medido unos dos metros y medio, porque él parecía un enano delante de ella. Estaba con los brazos extendidos y una mirada triste. Sus ojos hinchados de tanto llorar le atravesaban el alma. Abrahán cayó en sus brazos como un pequeño cachorro y lloró. Lloró porque la muerte lo había alcanzado, lloró porque a lo lejos venía acercándose una oscuridad imparable que lo cegaría para siempre.

VII

En la esquina de la calle larga, a una cuadra del edificio Bolívar, el doctor esperaba impaciente un taxi. Venía de una pequeña caminata carretera abajo desde su casa. Fue allá para ducharse y limpiarse de la intranquilidad de su mente, y la vehemencia de sus sentimientos desconcertados. Parecía un niño, que se acuesta pensando en el día de mañana. Terminó por montarse en el primer taxi al que hizo señas, y al abrir la puerta noto que bien podía ser el peor de la ciudad. Cuando el taxista le pregunto adónde iba, quedo pensativo y no lograba recordar nada, fue una de esas pequeñas lagunas que eclipsan la mente. Con un pie en el taxi y el otro en la calle se terminó de montar, y fingiendo una sonrisa dijo:

Solo corra, ya le digo –

Tardo 2 minutos en recordar cuando al cruzar la siguiente esquina, el taxi se encontró de lado con el Parque Manuel Chacao y observo entonces que había 2 oficiales discutiendo con una pareja en lo que parecía ser un accidente ciclístico.

Al llegar a la dirección indicada, se dio cuenta que no era la estación de policía, por razones bien conocidas nunca había tenido la necesidad de saberlo, y esta situación terminó por sumergirlo en aún más paranoico escenario. Era en cuestión, una pequeña casa de dos pisos la cual parecía abandonada, lo cual tenía sentido porque lo que si sabía era que estaba en una de las partes menos frecuentadas de la ciudad. Al salir del taxi uno de los oficiales parados en frente de ella salió al encuentro para saludarle, resulto pues llamarse Jaime y al extender la mano para saludarle, notó que sus manos eran ásperas, grandes y estaban un poco sudadas.

Sin decirse más que el saludo el oficial se dio la vuelta y precedió a la casa. El doctor entendió claramente el mensaje y continuó a seguirlo sin preguntar. La casa estaba en efecto, abandonada, estaba poco iluminada,

tenía mucho eco y la madera estaba podrida. Por un momento se asustó y se cuestionó el estar allí con personas que decían ser oficiales, pero que ahora se preguntaba seriamente si lo eran. Sus cuestionamientos solo se disiparon cuando al entrar a la primera de las habitaciones en el segundo piso se encontró de frente con el Capitán Pérez, y el alcalde de la ciudad, Julio Campoverde. Estos estaban sentados detrás de una mesa de madera, la cual se extendía para ambos. Sin emitir palabra ni todavía ningún saludo, se sentaron esperando que el invitado los siguiera con la misma acción. En suma, El doctor lo hizo no sin antes curiosear con la vista alrededor y darse cuenta que no había más que eso, y que no había más que ellos. Fue él en extender primero su mano para saludar a las 2 importantes figuras. Primero el alcalde, seguro y cálido. Luego el capitán, fuerte y aspero. Al acomodar la silla pensó si sus personalidades se podrían definir por sus apretones.

Nos alegra verlo acá, Doctor – Dijo el alcalde.

No sé cómo sentirme señor, no sé qué hago acá – Respondió el doctor.

VIII

Mientras regaba las plantas el olor a tierra mojada le cosquilleaba la nariz. No se sentía completamente bien por lo que decidió llamar para reportarse enfermo ese día. Con una mano sostenía la manguera y con la otra una taza de café que se derramo un poco, cuando la levanto para saludar al vecino que salía de su casa y aparecía a su vista.

Idiota – Susurro y alejo la mirada para ya no verlo más.

Se concentró pues en las platas y continuó regándolas con devoción. Mientras lo hacía pensó en no subir más el rostro para no tener que saludar a nadie. Mauricio no era realmente una persona muy sociable, era de carácter pasivo y de voz baja. Y cuando dos oficiales vinieron a su encuentro esa mañana. Los recibió de esa manera. Ocurrió cuando una mano se puso sobre su hombro mientras estaba de espalda a la calle, y una voz grave pronuncio su nombre. Inmediatamente se giró para conocer a los oficiales. Eran flacos y altos, y ambos tenían el mismo estilo del bigote. Sostuvieron las miradas por un momento, pero en ese intercambio Mauricio poco pudo adivinar que deseaban.

Señor Mauricio, tenemos un llamado de un agua saliendo desde su casa – Mintió el oficial.

Yo no he llamado – respondió.

Sin embargo, después de intercambiada algunas palabras los llevo a la parte trasera para mostrar que la mentira del oficial no cobraba verdad

por lo que era necesario por parte de ellos decir otra.

Necesito usar un baño Señor, disculpe –

Mauricio sintió la rareza de este comunicado y el musculo del antebrazo empezó a dolerle desde entonces. Comenzó a apretarlo y sobarlo con el pulgar y el índice. Al entrar a la casa veía de reojo a los 2 oficiales que venían detrás de él. No recordaba haber escuchado sus nombres y antes de preguntarles, uno de los oficiales se le adelanto pidiendo la dirección del baño.

Fondo a la derecha – Dijo.

Siempre es fondo a la derecha, siempre la ley sobrepasando la ley, siempre es el miedo, siempre soy yo con estos oficiales en mi casa.

Pero el oficial no fue al fondo a la derecha, fue a encontrarse con lo que el capitán y el destino le habían impuesto ya hace un par de días con sus noches.

El lunes de esa semana el oficial Jaime había sido ordenado de ir a la oficina del Capitán. La encontraría solitaria con un solo documento sobre la mesa, este estaba envuelto en manila, sellado con cinta y estaba también arrugado, como si hubiese sido sujetado por muchos. Cuando el capitán entro en la oficina no le dirigió palabra y no se sorprendió que le entregara el sobre en sus manos. Al sostenerlo lo sintió ligero, y en efecto lo era. Segundos después al abrirlo se daría cuenta que era un expediente y unas instrucciones las cuales en letra grande decía: EXTREMA IMPORTANCIA.

Señor, No entiendo – Dijo.

No debe entender, solo debe hacer el trabajo – Respondió el capitán sin alzar la mirada.

El oficial Jaime era un buen policía y aún en corta edad se había ganado el respeto de sus compañeros. No era raro que el capitán le encargara una misión tan importante como esta, secreta y desconocida para el departamento. Al investigar encontró a este hombre común, 2 hijos, 15 años casado, un trabajo de mierda con una paga de mierda, un ciudadano común. Lo estuvo siguiendo por un par de tardes y se dio cuenta que siempre estaba solo. Nunca lo vio acompañado ni vio a los niños ni a su mujer. Siguió pues indagando en este punto y encontró que su esposa tenía más de una semana que no la veían en el trabajo, y los niños tampoco habían asistido al colegio. Este descubrimiento precoz lo llevo a cometer el error de encontrarse con Mauricio. En el reporte mentiría y diría que fue pura casualidad lo que lo llevo a estar dentro de la casa con su compañero, una mentira que el mismo buscaba creer para justificar las

acusaciones de la conciencia.

Desviándose para tomar las escaleras que daban al piso superior, Jaime las subió siempre mirando hacia atrás, y cuando un paso en falso lo hizo resbalar, logro interrumpir la caída poniendo las palmas de las manos sobre los *steps* de madera. Al llegar arriba, sudaba de adrenalina y empezó a buscar sin saber que realmente buscaba. No paso mucho para encontrar lo que de antemano había sospechado y se sintió en parte satisfecho cuando lo vio. Era una mujer, estaba amarrada de pies y manos, recostada con los ojos vendados sobre la cama de Mauricio. Al desatarle la cuerda que le oprimía la boca, lo primero que dijo entre llantos fue "Mis hijos" y sin desatarle nada más corrió a la habitación de al lado en busca de ellos. Los encontró pues en la misma situación que la madre, con chillidos que atravesaban la cuerda que cortaba sus palabras.

Monstro, maldito, desgraciado, pensó. Y en poco tiempo sus pensamientos se convirtieron en palabras. Alcanzo a desatar las manos de la chica cuando escucho ruidos desde abajo. Bajo sin pestañar una sola vez, y pestaño solamente al ver a su compañero caído en la cocina, con el cuello derramándose sobre el suelo. Dos pasos más adelante sintió una fuerza que le golpeó la cabeza, la cual lo tiro al lado de su amigo. El golpe fue insuficiente para desmayarlo. Todo lo que ocurrió a continuación fue tan rápido que Jaime después sentiría que nunca había pasado. Sacó pues el 9 mm reglamentario al darse la vuelta y disparo 4 veces con los ojos cerrados. Se levantó entre la confusión del golpe y los resbalones con la sangre, y vio en frente de el a Mauricio desmayado con una herida en el hombro y en la mejilla izquierda. Los otros dos disparos sabrá Dios donde fueron a parar.

La adrenalina le lastimaba el pecho y la respiración se le había agravado, con dificultad camino hasta el teléfono. Marco 0-5-5-6-3-9, mientras el pecho se le inflaba como un globo dejándolo sin aliento.

Lo siento señor, La cague – Dijo en el teléfono.

IX

¿Qué hago aquí?, pensó mientras el alcalde le iba acercando un montón de papeles bien arreglados. No se los dio precisamente en sus manos sino que los coloco en medio de la mesa dando así al doctor la potestad de tomarlos o no. La ingenuidad del desconocimiento y la curiosidad lo llevo a poner sus manos sobre el documento. El doctor acabó pues por conceder el permiso que el alcalde necesitaba, y fue entonces cuando comenzaron a hablarle con claridad. Tenía una maña en la lectura, que siempre que leía no se percataba de su alrededor. Al abrir el envoltorio había varios papeles que tenían los sellos de la policía estatal, y varios recortes del periódico. Sin asombro ni claridad en lo que leía paso varios documentos hasta llegar a los amarillos recortes del periódico. Los leyó con

tranquilidad y mientras lo hacia movía los labios. Era una práctica que usualmente realizaba para concentrarse más al leer. En parte sintió alivio porque nada de lo que tenía en sus manos estaba referido a él. Pero ahora nacía la nueva incógnita y nuevas preguntas, y sentía curiosidad.

Entonces... ¿Que hago acá? – pregunto.

Necesitamos que hable con la persona a quien acaba de leer – Respondió el alcalde - Le trajimos acá para que nos ayude a descifrar que paso.

Lo sacaron de donde estaba y lo dirigieron a una habitación aún menos iluminada. Mientras uno de los oficiales le abría la puerta, se acomodó las gafas para ver mejor. Otro de los oficiales, Jaime, estaba parado detrás de él. Tan cerca que escuchaba atentamente a su respiración. Delante y sentado se encontraba el hombre del que había leído, un hombre culpable de feroces actos los cuales no debían pagarse sino menos que con la misma acción. Si el doctor lo hubiese encontrado fuera de esa habitación nunca lo hubiese creído, quizás si por alguna razón lo hubiese conocido en otras circunstancias, quizás en la avenida José Camejo se hubiesen encontrado y compartido un café, quizás en el metro se hubiesen hablado por casualidad y hubiesen charlado de la vida. Pero el destino los traía aquí, y a esta habitación que no dejaba en partes ver el rostro del otro. El hombre lucia confundido e impaciente. Cuando cruzaron las miradas, el doctor sintió que debía estar allí. Sintió misericordia con él al verlo atado de todas partes a la silla, y luego sintió indignación. Cuando estaba a punto de voltearse para reclamar, vio en los ojos del oficial Jaime un odio que no podría menoscabar con las palabras. El doctor comprendía todo lo que este hombre había hecho, y no podría pedir menos para él. También con esto comprendió que el oficial no debía estar durante el interrogatorio. Y entre pedidos y negaciones que se suscitaron posteriormente el oficial accedió, solo si estaba en el pasillo y con la puerta abierta. El doctor acepto.

Pero sin molestar... - Dijo.

Mauricio miraba fijamente el piso mientras el doctor se acercaba. No lo quería ver, por lo que perdió su mirada en la madera del suelo en la que se concentró por un rato. El doctor al sentarse se tomó los segundos que siempre necesitaba para estudiar a alguien, y así tener un argumento. Espero a que Mauricio fuese el primero en emitir palabra y cuando hubieron pasados los diez minutos de estar uno frente al otro, Mauricio y el doctor, el capitán y el alcalde viendo desde la otra habitación de al lado no comprendían lo que pasaba. Eventualmente fue Mauricio quien comenzó, ya que al parecer sentía que la situación se lo demandaba. Así que vocifero algo sin sentido solo para llamar la atención. Esto le permitió al doctor comenzar con seguridad.

¿Que hace acá, Sr. Mauricio? –

No lo sé, nadie me habla – Respondió con una voz débil y ronca.

¿No sabe usted porque esta aquí? – Preguntó - ¿No sabe porque estas personas lo tienen aquí?

Ya le dije – Comentó. – No sé qué hago aquí, ni se quién es ese hombre que me mira con tanto odio, y no se tampoco quién es usted.

Sr. Mauricio, él es el oficial Jaime. Yo soy el Dr. Maron Jara, y usted está aquí por el asesinato de Abrahan Gonzales. y la desaparición de su esposa, Natalia Caldera, y sus dos hijos, Susana y Marcos. Entiende ahora Sr. Mauricio porque esta aquí.

Como si fuese una mala broma, Mauricio rio, y movió su cabeza a los lados para negar, y buscar salida de la situación en la que estaba. Realmente no creía lo que se le decía y el doctor se conmovió por la naturalidad de sus gestos y expresiones. Mauricio no era alguien que quisiera engañarlo, sino más bien era alguien que no sabía.

Las palabras que en los posteriores minutos se intercambiaron fueron inútiles. Mauricio no escuchaba explicaciones, y esto por un momento hirió el ego del doctor, el cual en más de 20 años de experiencia había adquirido las habilidades suficientes para hacer a cualquiera entrar en razón. Fueron las primeras 2 horas de total perdida y necedad, y cuando el doctor llamó a Jaime para pedirle un vaso de agua para para él, vio como Mauricio cambiaba la gesta, y sus expresiones bruscamente se transfiguraban al ver al oficial. El rostro de Mauricio de repente dejo de ser suyo, para ser poseído por alguien más. Todo esto ocurrió en cuestión de segundos, y el doctor confirmo la teoría cuando nuevamente al pedirle cualquier cosa al oficial, y luego despacharlo, el rostro de Mauricio se fijaba en él y progresivamente iba reagrupándose a lo que creía el doctor era lo normal. Su ceja fue bajando, sus labios fueron descomprimiéndose, le vena que le atravesaba el cuello fue desapareciendo, y sus pómulos se iban deshaciendo como en un masaje. El doctor se sorprendió, para cualquier otro hubiese sido nada, pero a sus ojos era la confirmación de uno de sus pensamientos iniciales acerca del hombre sentando y confundido delante de él. La uniformidad y el trasfondo del cambio habían sido espeluznante.

¿Qué pasa doctor? – Preguntó Mauricio.

Mauricio – Dijo en un suspiro. – Cuéntame de tu familia.

Tengo 2 hijos, Susana y Marcos, usted ya lo sabe – Dijo en angustia. – Mi

esposa se llama Natalia también.

¿Hace cuánto están juntos? - Preguntó nuevamente.

Tengo más de una década casado con ella – Respondió apretando los labios.

Mauricio, ¿Dónde están ellos ahora? – Preguntó por tercera vez.

No lo sé, no los veo desde que ese oficial entro a mi casa y me trajo acá – Respondió, y en este momento la desesperación empezó a ganarle.

El doctor procedió a sacar del sobre uno de los recortes del periódico y acomodándose los lentes, comenzó a leer:

El martes 5 de noviembre del presente año fue hallado en su residencia el cuerpo sin vida de Abrahán Gonzales Guanipa, Un hombre Blanco, de 1.86 de estatura y originario de los estados del Sur. El cuerpo fue golpeado repetidamente con un hacha que se cree pertenecía a la propia víctima. Fue impactado en varias partes del cuerpo, tales como la Cabeza, el pecho y las piernas. Se presume que al momento de encontrarlo el cuerpo tenía más de 36 horas de descomposición.

Cuando terminó de leer, coloco el recorte sobre la mesa. Con un leve movimiento lo arrastro hasta la zona de Maurico, y alejo la mano lentamente.

¿Porque lee eso? - Preguntó Mauricio.

Mauricio, ¿De dónde conocía al Sr. Abrahán? –

No sé de quién me habla –

Tus huellas y todo indica que tú estuviste en la casa, te tenemos a ti y también a tu sangre regada por todos lados – Dijo en un aliento – ¿Cómo explicas eso?

¿Qué? – Grito Mauricio, en impresión.

El doctor comprendió que lo mejor era la confrontación directa por lo que fue directo al grano.

En el reporte aparece que usted dijo que estaba con su familia en su casa en el momento de ser arrestado, pero sabemos Mauricio que eso no es así.

¿Es esto alguna clase de broma? - Dijo y preguntó.

No Sr. Mauricio, estamos hablando de vidas perdidas – Respondió - y de algunas que todavía se pueden salvar. María Gonzales, esposa de Abrahán, estaba maniatada en su cama, al igual que sus hijos Javier y Florina estaban en las habitaciones de arriba en su casa. Gracias a Dios ellos están bien. Lo que queremos averiguar ahora es respecto a su familia.

Sin responder, un éxtasis se apodero de él y se evidenciaba en los ojos, y la mirada. Comenzó sin remedio a golpear ineffectivamente con las extremidades atadas. Al verse inhabilitado de todo y en el mismo sitio, con la cabeza en la mesa tomó un impulso para irse hacia atrás. Finalmente, la acción fue infructuosa, ya que solo logró golpearse con mucha fuerza la parte trasera de la cabeza, y asimismo a pesar de que llegó a desbaratar un poco la silla, aún la mayor parte de su cuerpo continuaba atado. Un poco más de un segundo después el oficial Jaime, agitado y con su arma desvainada, apareció a la puerta de la habitación. Jaime al ver a Mauricio revolcándose en el suelo con una parte de la silla destruida a su lado, y con la sangre que le salía de los cabellos, pensó la vehemente idea de disparar, solo necesitaba una excusa que ahora se le presentaba. Sin embargo, cuando el doctor se levantó de la silla y se puso en la trayectoria de Mauricio, Jaime desapareció la idea, y hasta sacudió la cabeza para sacarla de él. Inmediatamente, el doctor le pidió ayuda para levantarlo. Mauricio yacía desmayado en el suelo, y para levantarlo fue bastante complicado, porque una de las patas de las sillas había terminado de partirse con el movimiento. Jaime llamo a otros oficiales y le dijo al doctor que se encargaría. Entonces, el doctor aprovecho para salir a fumar. Le gustaba fumar en el aire libre, pero por ahora era imposible hacerlo, por lo que se sentía incómodo mientras inhalaba y exhalaba el humo en el camino del pasillo. Observando cómo se deshacía el cigarro con cada chupón, se quedaba también meditando en la candela del mismo. Muchas preguntas nuevas surgían en su cabeza, y para él muchas otras tenían evidentes respuestas. Sabía que al frente de él tenía a un hombre que parecía real, y también tenía aquel pequeño y momentario escenario, donde su rostro cambio de dueño. Su pregunta principal pues paso de ser ¿Por qué lo hizo? a ser ¿Por qué el resultado siendo el asesino? Y esta era la respuesta que ahora buscaba.

X

Sin acercarse mucho, el oficial con un grito le comunicó que Mauricio había despertado, y con un gesto con la mano, que al doctor le pareció desagradable, le pedía que viniera rápidamente. Naturalmente, el doctor no se apresuró, se tomó el tiempo para terminar su segundo cigarrillo y camino el pasillo con la misma paciencia con la caminaba en el centro o el camino a casa desde el trabajo. Se sentó nuevamente frente a él, pero Mauricio no lo miraba fijamente. Tenía la cara de lado, y la expresión que

se lograba ver desde el lugar del doctor, dejaba ver el resentimiento y las lágrimas en su rostro. Una banda improvisada de color blanco le cubría la frente y la parte de atrás de la herida. Sin embargo, esta no lograba controlar la gotera de sangre que se le terminó derramando por el cuello hasta su espalda. El doctor tendría que trabajar en la rabia que se percibía en la superficie de sus ojos. Creía haberlo sacado de la ignorancia en la que se encontraba y se planteaba ciertas preguntas mientras tomaba el vaso de agua que estaba sobre la mesa. Bebió por un momento, y al separar el vaso de sus labios, y admirarlo mientras lo llevaba hasta la mesa nuevamente, recordó fugazmente aquel cambio de semblante, aquella figura desconocida en el rostro de Mauricio y los factores que la ocasionaron.

El doctor con un silbido llamó al oficial y le pidió que por favor se sentara a su lado. Esta vez no necesitó siquiera verlo para transformarse en lo que ya había visto. El aire alrededor de Mauricio cambió por completo, su cara se desencorvo y sus facciones empezaron a parecer menos uniformes, pero aún seguía sin mirarlo a los ojos al doctor.

Hola, ¿Quién eres? – Pregunto el doctor.

No me reconoce, soy Mauricio – Respondió con una singular voz.

Te veo, y te reconozco, pero no eres el Mauricio de hace algunos momentos – Dijo el doctor viéndolo directamente.

Es un cobarde, soy lo único de él que vale la pena – Respondió.

¿Tienes algún nombre? - Pregunto el doctor mientras Jaime, sorprendido, escuchaba todo.

Ya lo conoce – Respondió. – ¿Tiene un cigarrillo?

El doctor miró a Jaime y con el lenguaje de los ojos le comunicó que le diera un cigarrillo. Con desprecio pero persuadido, Jaime saco de su saco viejo un paquete de cigarrillos. La mano le temblaba un poco por lo que buscó balancearse sujetándolo con ambas. Atentamente tomó uno de los cigarrillos fuera de la caja, lo puso en la boca de Mauricio y lo encendió.

Ahora si podemos hablar francamente – Dijo el doctor.

Francamente, tal vez – Dijo Mauricio.

Si podemos Mauricio – Dijo. – Cuéntanos ¿Qué paso la noche del 3 de noviembre?

De la arrogancia a la tristeza solo tardo un segundo en pasar y aunque quería pretender que no le afectaba, era muy mal actor. Se le noto en los

ojos aguados y en la respiración que le agitaba el pecho. Agacho un poco la cabeza cuando las lágrimas comenzaron a rodarle y se sentía dispuesto a decir toda la verdad, no tenía razón para no hacerlo, por eso estaba allí.

La noche del 3 de noviembre tomó la avenida Juan Sangurima porque sabía era el camino más corto hasta su casa. Su esposa hacía algo que no pudo recordar. Poco a poco sentía como el cansancio le iba resbalando las manos sobre el volante y como un peso en los ojos luchaba para cegarlo.

Mauricio estúpido. – gritó con expresión de sufrimiento. Tuve un accidente, choque contra unos árboles al lado de la carretera, y le hice creer que todo fue un sueño. Yo lo hice todo. Tuve que hacerlo.

¿Qué hiciste? – Pregunto el doctor.

Tuve que protegerme – Respondió.

Mauricio, ¿Qué paso con los niños y tu esposa? – Volvió a preguntar.

Los borre de la Mente de Mauricio - Respondió. - junto con el recuerdo del accidente y de lo que pasó posteriormente.

La impresión del momento los toco a todos, y a Jaime seguían temblándoles las manos. El doctor parecía un poco menos impresionado por lo que se estaba evidenciando. A pesar de que el relato no era más que la descripción del accidente, el silencio de la habitación oscurecida y el recuento de las palabras de Mauricio hacía todo parecer más impactante. Por unos segundos quedaron cerradas las bocas de todos, Jaime y el doctor no querían interrumpir el relato con ningún comentario.

Cuando desperté del accidente mi esposa estaba muerta a mi lado y los niños no estaban en el carro. No tenían puesto los cinturones de seguridad y salieron disparados por el parabrisas. Cuando Salí a buscarlos no pude ni reconocer sus rostros, estaban demacrados por el impacto.

¿Qué paso con ellos? Mauricio – Preguntó ¿Dónde están? – Volvió a preguntar.

Los tome en mis brazos, uno por uno, - Dijo. - y los lleve al bosque y los enterré. Los puse a los 3 en el mismo lugar.

El silencio se apodero de todos, por ahora no había preguntas que responder. El doctor lo miro con lastima, no por el que podía reconocer frente a él, sino por el otro pobre diablo inocente. En cambio Jaime lo miraba con un profundo desprecio, y por él le hubiese disparado en ese preciso momento. El doctor lo calmó tomándole la mano, lo que pasaba estaba más allá de la comprensión del oficial. Él sabía que Jaime no podía

sentir compasión por él.

¿Abrahán Gonzales? – Preguntó.

Ese pobre idiota – Dijo. No fue más que una solución rápida, una casualidad. Una mala jugada en su destino.

Conto que esa noche después del accidente, cubierto de sangre y tierra, Abrahán se ofreció a ayudarlo. En el camino se desmayó, y cuando despertó en su casa, las circunstancias encajaban perfectamente para lo que después planeo. Seguiría engañándose a sí mismo, días tras días interminables y su otro yo nunca se daría cuenta. Tendría lagunas que justificarían todo y que no lo dejarían percatarse del descalabro que había sufrido. Por eso se impresiono tanto cuando el doctor le hablo directamente, porque verdaderamente no tenía idea, porque las lagunas lo habían cegado y sus ojos no podían ver ni su mente recordar. Mauricio vivía en la oscuridad y la luz al mismo tiempo, solo que estos dos lados eran manipulados por un ser mental que solo le dejaba ver lo que quería, algo que el doctor técnicamente llamo:

Desorden de personalidad múltiple –

Y que Jaime definió como:

Loco de mierda –

El doctor dio todo por terminado, y dos oficiales tocaron la puerta para entrar. No dijo nada mientras se llevaban a Mauricio. Sentía un profundo dolor por él y tenía ganas de llorar, y no lo hizo para no verse expuesto. Sintió la necesidad de verlo mientras se lo llevaban y se giró para que sus miradas se encontraran por última vez ese día. Antes de terminar de cruzar la puerta, Mauricio proclamo el nombre completo del doctor, y este quedo en el mismo lugar, sorprendido.

Ya cargo el dolor, el sufrimiento y la muerte – Le dijo a Jaime. – Para que el otro ignorara y tuviera el amor.

El doctor se fue sin decir más, y se despidió fríamente de los responsables de tenerlo allí. Fue incapaz de pensar en otra cosa ese día, y los siguientes. Lo que sea traía a recuerdo a este miserable hombre y su miserable vida. Por los contactos que desde entonces mantuvo con el Capitán de la policía estatal, se las arregló para saber adónde lo tenían a Mauricio, y antes de siquiera llegar a arrepentirse, se encontraba en el patio del Hospital Psiquiátrico General Cipriano Castro. Camino entonces la puerta principal del lugar como si estuviera cruzando las puertas del infierno y cuando hablo con la *front agent* sintió que era ella la que anunciaba su llegada. La mujer lo guio con una oveja que la dirigen al matadero, y cuando llegaron a la habitación la *front agent* se fue sin

emitir palabra. Curiosamente la puerta estaba sin seguro y cuando la abrió, miró a Mauricio sentado de espalda hacia él en un pequeño cuarto muy bien iluminado, con una vista que a través de barrotes de hierro daba a un terreno baldío detrás del hospital. Llegaba a ser precioso si se le miraba cuidadosamente. El doctor sintió arrepentimiento en su corazón, y la voz como de un ángel que te avisa del peligro. Pero Mauricio habló, y se giró para ver, y su rostro estaba limpio, y le recordó al doctor a aquel primer hombre inocente que conoció.

Hola – Dijo el doctor sin recibir respuesta.

Con un miedo poco explicable que le oprimía el pecho, se acercó y le hizo la pregunta que lo había atormentado desde la última vez que lo vio.

Mauricio, ¿Cómo supiste mi nombre Completo? – Preguntó

Mauricio aún de espalda, bajó el rostro y el cuarto se desiluminó de a poco. Como en la caída de un ascensor, se fue la habitación sumergiéndose y cuando Mauricio levanto el rostro, y lo volteó a ver, el doctor quedó petrificado y la piel de gallina se le arraigó tanto que no sentía ninguna sensación en él. Era su rostro el que lo miraba, estaba con lágrimas y una sonrisa que no dejaba entrever el sentimiento que ahora pondría tinieblas a la vida de todos.

Yo soy Mauricio, yo soy Abrahán, yo soy Jaime, y yo soy tú – Dijo y nada más.

FIN.